

El Partido Comunista de la Argentina Apuntes sobre su trayectoria

Daniel Campione

En Argentina todavía no existe un abordaje completo de la historia del comunismo en el país, que cumpla de modo adecuado con los requisitos básicos de una labor historiográfica rigurosa y sistemática. Las escasas obras que abarcan el total de la trayectoria histórica del P.C. son "historias oficiales" o "anti-historias" lo que equivale en general a la producción de apologías sin matices o diatribas indiscriminadas. Un trabajo más riguroso sólo comenzó en la década de los 80, pero sobre todo orientado al tratamiento de los tramos iniciales de la vida partidaria, buscando reconstruir un proceso en buena medida tergiversado por mitologías de signo opuesto. Si hoy tenemos algunas obras sobre el período que va de 1918 a 1928, la producción escasea todavía para etapas posteriores. Y no se ha intentado aún una síntesis histórica que llegue hasta el presente o al menos a etapas más cercanas.

Por tanto la historia de los comunistas argentinos no ha sido desarrollada integralmente, más allá de 1928, salvo en el Esbozo oficial de 1947, y los apasionadamente adversos escritos de J. Abelardo Ramos, y extensos pasajes de dos volúmenes de los que componen la Historia crítica de los partidos políticos... de Rodolfo Puiggrós. Mientras que el primero es una historia oficial, totalmente apologética, las otras dos son anti-historias, apasionadamente contrarias al partido, centradas en sus errores y fracasos, a veces con tendencia a trazar una caricatura.

Los últimos cinco o seis años han marcado un avance del trabajo historiográfico sobre los comunistas argentinos entre los historiadores profesionales, línea de investigación antes escasa y esporádica. Se han hecho incluso algunos esfuerzos para trazar un cuadro de situación sobre la escritura e investigación sobre los comunistas en Argentina, abarcando no sólo el campo académico sino el periodístico y testimonial y recientes encuentros en torno a la historia de la izquierda argentina contaron con importante presencia de ponencias sobre el comunismo.

Néstor Kohan ha publicado parte de su labor sobre Ernesto Giudici, importante dirigente y teórico del PC. Existe alguna investigación aún no editada sobre la trayectoria intelectual y política de Héctor P. Agosti, y un breve pero rico trabajo rescata los debates partidarios ante el surgimiento del peronismo. Omar Acha se ha acercado al tema a través del análisis de los historiadores de izquierda. Un trabajo puntual de Cristina Mateu se ocupó de la labor cultural de los comunistas, con mucho detalle sobre sus diversas iniciativas en ese terreno. Samuel Amaral ha trabajado sobre un grupo disidente de las décadas del 40 y 50, que encabezaba Rodolfo Puiggrós y Mirta Lobato trabajó sobre las relaciones entre los comunistas y el mundo del trabajo. Un trabajo de largo aliento en torno al mismo tema es el de Hernán Camarero, autor de una tesis acerca de la presencia comunista entre los trabajadores entre 1925 y 1935.

Aún más recientemente, algunos jóvenes investigadores han acometido trabajos acerca de diversos puntos de la trayectoria de los comunistas, entre los que se cuentan estudios en curso sobre la actuación del PC durante el primer peronismo, sobre la presencia y actuación de militantes judíos en su seno, un análisis de la trayectoria partidaria entre 1930 y 1941.

Seguramente el espectro seguirá ampliándose progresiva y fecundamente, en dirección a ir brindando un panorama más o menos completo de la historia de los comunistas argentinos, un componente ineludible de la cual es el estudio de la inserción del comunismo argentino en el campo del movimiento comunista internacional.

Otro trabajo en curso, proveniente del esfuerzo militante y no de la historiografía académica, es el de Otto Vargas, dirigente del Partido Comunista Revolucionario, quien ha publicado las primeras entregas de una historia general del comunismo en Argentina, llegando hasta ahora a los primeros años de la década de 1930. Sin dejar de ser una historia "de partido", orientada a justificar retrospectivamente una línea política, los dos volúmenes publicados hasta el momento denotan una búsqueda documental y una minuciosidad expositiva ausentes en obras anteriores de origen y propósito similar.

El resultado que se va delineando es que el trabajo sobre la historia de los comunistas argentinos se encamina a dejar de ser terreno de apologías o diatribas, para convertirse en un ámbito fértil en estudios documentados y reflexivos, provistos de un rigor y un espíritu crítico largamente ausentes en las etapas precedentes.

Nos proponemos aquí apenas dar una visión panorámica de la trayectoria del comunismo en Argentina desde su fundación a los tiempos recientes. Entre otros recortes y omisiones forzados por razones de espacio, nos remitiremos al tronco principal partidario, sin detenernos en las agrupaciones que se formaron en base a escisiones o desprendimientos y asumieron la disputa por la identidad comunista y la ideología del marxismo revolucionario, como tampoco de las corrientes que, también inspiradas en la tradición de la revolución rusa y el pensamiento marxista, surgieron y se desarrollaron al margen de la estructura partidaria comunista. Procuraremos asimismo brindar mayor atención a las etapas relativamente recientes de la historia partidaria, sobre las que, como ya señalamos, existe un trabajo y por tanto un conocimiento menor que sobre los años iniciales; carencia que se agrava en la medida que nos acercamos al presente.

Desde los inicios hasta la crisis de los sesenta

El Partido Comunista de la Argentina, a diferencia de otros del espacio latinoamericano, se fundó en circunstancias de tiempo y lugar similares a las de las fuerzas europeas del mismo signo. Bajo el nombre inicial de Partido Socialista Internacional, se conformó inmediatamente después de la revolución rusa, en medio de un debate en torno a la posición de neutralidad o alineamiento frente a la guerra europea que culmina en una división del Partido Socialista de la Argentina, creado poco más de veinte años antes. A partir de un cambio de la legislación electoral que se hace efectivo en 1912, el PS había logrado ser una fuerza minoritaria pero de consideración en el escenario político nacional. Ganó más de una vez las elecciones parlamentarias de la ciudad de Buenos Aires, y de resultas de esos éxitos tenía una decena de diputados y un senador.

Los fundadores del Partido Socialista Internacional, después PC, sostenían frente a la guerra un internacionalismo inspirado en la izquierda de Zimmerwald, una política de mayor implicación partidaria en el movimiento sindical, y una crítica a la dedicación central a las reformas parlamentarias, a favor de un acompañamiento más estrecho de las luchas sociales y un ataque más radical al orden social burgués. Los impulsores de la nueva agrupación diferían de los dirigentes mayoritarios del PS por tener una posición social menos prestigiosa, un menor nivel de educación formal, y por no contar entre sus filas ningún parlamentario, los que respondían en bloque, con discrepancias secundarias, a la conducción partidaria. Estas desventajas no inhibieron a los disidentes de presentar una discusión que por momentos puso en riesgo el consenso mayoritario del que gozaba la dirigencia tradicional del socialismo.

Los primeros años fueron de inestabilidad en la vida partidaria, menudearon tanto las incorporaciones de grupos provenientes del viejo Partido Socialista o de otros núcleos de la izquierda preexistente, como los debates internos que terminaron dando lugar a escisiones y en algunos casos a la formación de nuevas organizaciones partidarias. En el plano internacional, el partido pasó a llamarse Comunista en diciembre de 1920, y comenzó a regularizar su encuadramiento efectivo en la Komintern a partir de 1921, año en el que viajó a la URSS el dirigente Rodolfo Ghioldi, y estando documentada la participación de delegaciones en sus congresos desde el IVº, en 1922. Algunas de las sucesivas disidencias y crisis en el seno del partido, se resolverán en su momento mediante cartas e intervenciones de la IC, que darán la razón a las opiniones de las mayorías en los órganos de dirección, aunque esta condición mayoritaria no se proyectara con claridad en el conjunto de afiliados partidarios. Las expulsiones de 1925, de los después llamados 'chispistas' se harán con el auspicio de la Internacional y bajo la consigna de la "bolchevización" del partido, consagrada por el Vº Congreso de la IC con base en la reorganización sobre base celular de las "secciones" nacionales.

También será decisiva una Carta de la IC en la resolución a favor de una parte de la conducción, frente a otra disidencia, esta vez considerada de "derecha", producida a fines de 1927.

El perfil social y cultural del PC de aquellos años iniciales estuvo signado por una influencia limitada pero no desdeñable en el movimiento obrero, destinada a ampliarse en la década de los 30', y una fuerte presencia de trabajadores de origen extranjero en sus filas, los que fueron organizados en las llamadas "secciones idiomáticas", de las que la italiana y la israelita fueron las más numerosas y gravitantes, y el despunte de un trabajo fecundo con las mujeres, el deporte, la juventud e incluso los niños.

Los gobiernos nacionales de la época, derivados del sufragio universal efectivo de reciente implantación y provenientes del partido Unión Cívica Radical, abanderado de la lucha contra el fraude electoral, sólo merecieron fuerte oposición por parte de los comunistas, acentuada si cabe cuando al final de los años 20' vinieron a coincidir los rasgos "ultraizquierdistas" de la política del 'tercer período', con una fuerte crisis del último gobierno radical, el de Hipólito Yrigoyen, que derivó en su derrocamiento por medio de un pronunciamiento militar reaccionario, simpatizante con el fascismo.

La dictadura instaurada en 1930 inauguró una prolongada época de ilegalidad y acentuada represión para la militancia comunista. El gobierno encabezado por el general Uriburu declararó ilegal al partido. Luego se crea una Sección Especial de Lucha contra el Comunismo en esfera policial, e incluso se proyectó una ley especial de represión al comunismo, y fueron asimismo frecuentes las expulsiones del país de militantes comunistas de origen extranjero, aplicando una ley de comienzos de siglo destinada a ese efecto. Pese a esas circunstancias difíciles, el PC crecería en el movimiento obrero y también en la esfera de los intelectuales y el movimiento cultural. La política de "clase contra clase" adoptada en el período, derivó en un acendrado "obrerismo", que los lleva a concentrarse en las luchas obreras y en la organización de nuevos sindicatos y federaciones, alcanzando importantes éxitos en ese terreno, como parte de una "proletarización" de la composición y actividad partidaria que se convierte en objetivo prioritario, y en buena medida exitoso. Con el avance de los años treinta, los comunistas comienzan a proyectarse como reemplazantes en parte de los anarquistas en declive, incluyendo la captación de dirigentes y militantes obreros de ese origen, así como la organización de sindicatos por rama bajo su conducción sobre la base de antiguos gremios anarquistas con base en los oficios, proceso que se prolonga hasta comienzos de la década de los 40.

En el movimiento obrero, los comunistas fueron conquistando la representación de ramas de actividad en crecimiento, ligadas al trabajo manual, que en varios casos habían tenido con anterioridad predominio anarquista, como los trabajadores de los frigoríficos y los de la construcción. El cambio de orientación, en consonancia con el último congreso de la IC, en 1935, no hizo mella en el avance comunista en ámbitos obreros. Hacia mediados de los 30', los activistas sindicales de esa orientación expandieron su poderío, formando poderosas federaciones por rama en ámbitos laborales donde antes predominaba la dispersión de la organización por oficios. Así albañiles, pintores, marmolistas y otros se nuclearían en la Federación Obrera Nacional de la Construcción.

Llegados también a la conducción de los trabajadores de la industria de la carne, desde la que se expandieron al conjunto de los trabajadores de la alimentación, ámbito en que también formaron una federación de toda la rama, dirigida por José Peter, quien hasta 1945 fue una de las figuras principales de toda la dirigencia sindical argentina, amén del gremialista comunista de mayor predicamento.

Los dos principales dirigentes, Vittorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi, permanecieron buena parte de esa década fuera del país, dando lugar al encumbramiento de otras figuras, como el secretario general durante esos años, Luis V. Sommi, obrero de la madera y dirigente sindical de ese gremio, amén de importante intelectual orientado a estudios históricos y económicos, luego desplazado de la conducción partidaria. También se lograría una incorporación de importancia, la de miembros del Partido Socialista Obrero, nueva escisión de izquierda del Partido Socialista, con influencia sobre todo entre capas medias e intelectuales.

Sobre el final de la década, con ambos de regreso, se restableció una dirección partidaria cuyos protagonistas iniciales ya no cambiarían, ya que Codovilla y R. Ghioldi serían dirigentes decisivos hasta su muerte,

décadas después, junto con el hermano del último, Orestes.

La instauración mundial de la política de "Frentes Populares" bajo el signo del antifascismo, a mediados de la década de los 30', produciría, no sin fricciones, un giro del partido argentino en dirección a alianzas amplias, tanto en el plano sindical, como en el político-electoral, y en los ámbitos de actuación cultural, organismos de solidaridad y otros. Pasa así a luchar contra el fraude electoral que ejercían los gobiernos conservador y a apoyar sucesivas opciones que pudieran impulsar el regreso a un funcionamiento más democrático de las instituciones políticas. Así alentarán la candidatura presidencial de Marcelo T. de Alvear, derrotada en los comicios presidenciales de 1938, y luego la gestión de Roberto M. Ortiz, jefe de Estado elegido por una coalición conservadora, pero dispuesto a "oxigenar" las instituciones terminando con el fraude, intención frustrada por su enfermedad y posterior fallecimiento. Visto en perspectiva, esto marca el inicio de una prolongada etapa en la que el PC abandonará en parte la idea de desarrollar iniciativas autónomas de la clase obrera en el campo político, para postularse como "aliado" de los partidos burgueses que siguieran rumbos políticos considerados más "democráticos" por la dirigencia comunista. No sólo se procura configurar un Frente Popular sino que, a falta de una coalición de ese carácter, la opción es aproximarse a la más progresiva de las opciones burguesas, cuando no a la que al menos indicara un posible "mal menor" en caso de detentar posiciones de poder. En ese contexto, el Partido se opuso de modo firme a quien sucedió al mencionado presidente Ortiz, Ramón S. Castillo, conservador volcado a la continuidad del fraude electoral. También se enfrentó sin remilgos al golpe del 4 de junio de 1943, por considerarlo ligado a opciones corporativistas, contrarias al restablecimiento del orden constitucional en el país. En ambos casos se aplicó la calificación de "fascistas" a esos gobiernos, lo que no resistía mayor análisis.

Más allá de la reorientación de sus políticas, esos años fueron de consolidación e incremento de la influencia sindical comunista, que alcanzó sin duda su pico histórico máximo, al tiempo que los sindicatos dirigidos por comunistas ingresaban en la Confederación General del Trabajo, aliados a los socialistas en aras de la "unidad sindical" y conducían conflictos de grandes proporciones, como la que se inició por el gremio de la construcción y culminó en huelga general en 1936. Sólo después que en 1941 la URSS fue invadida por Hitler, el Partido intentó disminuir la conflictividad obrera, sobre todo en los gremios de la alimentación, cuya Federación conducía, para mejor garantizar el abastecimiento de alimentos y otras materias primas al bando aliado.

En torno a 1945 se dio un quiebre histórico en la sociedad argentina, con la aparición de un movimiento político encabezado por un militar desconocido antes de 1943, Juan Domingo Perón, que se encumbraría en el gobierno militar emergido del golpe de estado de junio de ese año, como secretario de Trabajo y Previsión, y luego como ministro de Guerra y vicepresidente. Con el liderazgo de este jefe militar, se planteaba una promesa de "orden y paz social" que daba cuenta de los cambios del capitalismo y los ecos del "new deal" americano, misturados con cierta inspiración en los del fascismo italiano y las dictaduras paternalistas de las áreas marginales de Europa. Ponía en práctica un rol expandido y diferente para el Estado, más vinculado a la suerte de las clases subalternas y a un mayor desarrollo de la infraestructura económica nacional, con un sesgo hacia la industrialización. Incluso contra las intenciones iniciales de su núcleo fundador, este movimiento quedó fuertemente ligado al apoyo de la clase obrera sindicalmente organizada, que se canalizó mediante dirigentes socialistas, sindicalistas revolucionarios, autónomos y de otros orígenes, que adhirieron a la propuesta política de Perón.

Fundado desde el Estado en circunstancias de un régimen dictatorial con aristas reaccionarias, bajo la jefatura de un militar como Perón, con entendimientos iniciales con sectores políticos del nacionalismo conservador y la Iglesia Católica, con parcial inspiración en los regímenes de derecha europeos y una retórica que combinaba el hostigamiento a la "oligarquía" terrateniente y al capital extranjero con el anticomunismo, el peronismo fue recibido por el Partido Comunista, al igual que por las corrientes mayoritarias de todos los partidos políticos preexistentes, al modo de una encarnación tardía y excéntrica del nazismo alemán. Esa caracterización se asentaba en parte en las medidas autoritarias y retrógradas que supo adoptar el gobierno emanado de la "revolución de junio" del cual el entonces coronel Perón había sido partícipe central, así como en manifestaciones de simpatía con el fascismo y otros regímenes europeos de derecha de encumbrados líderes del gobierno, sin excluir al propio coronel Perón. Que los pasos iniciales del coronel como funcionario estatal y dirigente político en ciernes acarrearán medidas favorables a los ingresos

y las condiciones de vida y trabajo de la clase obrera organizada sindicalmente, no fue considerado un factor relevante, mas allá de su monótona condena como "demagogia", que ocultaba bajo el ala de la justicia social el puñal del totalitarismo nazi.

Ya con el coronel como candidato a presidente, la reacción del PC sería alinearse en una coalición, la Unión Democrática, que si bien bajo la advocación de la unidad de todos los demócratas contra el fascismo, y con un programa con avanzados ribetes sociales, terminaba fungiendo como una alianza de los partidos políticos tradicionales; las grandes centrales empresarias ; el embajador de EE.UU y buena parte de las fuerzas sociales y políticas más conservadoras. "Batir al naziperonismo..." se llamaría el escrito con el que el PC llamaba a derrotar a lo que describía como la aberrante pretensión de entronizar en la jefatura de Estado a una corriente pro-nazi, justamente en momentos en que el fascismo había sido derrotado de modo catastrófico en la guerra y borrado de la escena política mundial.

En aras de la alianza bélica y la armonía soviético-norteamericana de la coyuntura signada por los acuerdos de Yalta y Postdam, todo perfil de denuncia del imperialismo estadounidense había sido silenciado en la propaganda de la Unión Democrática, la coalición de la que el PC formaba parte, intentando que se integraran a ella hasta los más rancios conservadores, y aceptando un protagonismo desorbitado del embajador norteamericano, Spruille Braden, en la lucha contra Perón. Ese cuadro ofrecía un blanco fácil en una sociedad como la Argentina, en que la oposición a la penetración del capital imperialista tenía amplia audiencia, paradójicamente debida, en buena parte, a los esfuerzos antiimperialistas de los comunistas en años anteriores. Cuando el candidato militar, ante renovados ataques del ex embajador, ahora subsecretario de Estado de su país, lanzó la consigna "Braden o Perón", agregó un punto importante a la construcción de su triunfo electoral.

Desde sus comienzos, el peronismo concentró la adhesión ampliamente mayoritaria de los trabajadores, teniendo como mediadora a una parte importante de la dirigencia sindical, que se sumó al movimiento, y desplazando, con métodos a menudo coercitivos, a buena parte de las direcciones gremiales que se le opusieron, entre las que se contaron las orientadas por los comunistas. Con vistas a los comicios, organizó el Partido Laborista, de base sindical, presidido por un importante dirigente de origen sindicalista revolucionario y del cual Perón tenía el carnet de afiliación número uno. Sin aliados de primera línea en los partidos tradicionales, y apoyos dispersos en el empresariado, el peronismo naciente adquiría una fisonomía predominantemente obrera, que ponía seriamente en entredicho la ubicación social y el rol práctico de los partidos de izquierda, los comunistas en primer lugar.

Contra cierta leyenda acerca de una orientación de invariable antiperonismo del comunismo argentino , los diez años de Perón como presidente son escenario de sucesivos reacomodamientos del P.C. en ese campo, que arrancan apenas consumada la derrota electoral, cuando los comunistas vernáculos toman nota de la firma por Argentina del Acta de Chapultepec y el restablecimiento de las relaciones con la URSS, así como admiten críticamente cierto olvido de la suerte concreta de los trabajadores y una confianza desmesurada en las fuerzas "democráticas" durante la campaña electoral. Su política frente al gobierno se vuelve mucho más matizada, tal como se expresa en las Tesis del XIº Congreso partidario, celebrado en agosto de 1946, en las que se admite la perspectiva de que el gobierno tome medidas de carácter popular:

[...] la política de nuestro partido debe tender a movilizar y a organizar la clase obrera, las masas campesinas y la población laboriosa en general para presionar sobre el Gobierno a fin de que se desprenda de las fuerzas reaccionarias y pro-fascistas y apoyarlo en la realización de todas aquellas medidas económicas y políticas beneficiosas a los intereses del pueblo y de la Nación [...]

En línea con esa orientación, los comunistas deciden disolver los sindicatos que todavía dirigían, algunos de los cuales mantenían miles de afiliados, como la Federación Obrera de la Construcción, para que sus miembros se integraran a las dirigidas por el peronismo en el seno de la CGT.

Más adelante el PC condenó intentos golpistas para derrocar al peronismo, como el acaecido en 1951, y ello da lugar a una fase, en torno al año 1952, que registró un vuelco al apoyo a la gestión de Perón, que resultaba contemporáneo de las tentativas del presidente de captar a sectores hasta ese momento opositores

para un sustento a su gestión. La experiencia terminó sofocada como "desviación", expulsión mediante de algunos dirigentes de elevado rango y fue el paso a un regreso a la calificación del gobierno peronista como "fascista" sin matices ni atenuantes.

Con todo, frente a la actitud de abierta conspiración en pro de un golpe de estado tomada por amplias franjas de la oposición, los comunistas intentaron mantener un difícil equilibrio, procurando armonizar la despiadada crítica al "régimen fascista" y la solidaridad con las "masas católicas" cuando se desató el conflicto con la Iglesia, con la no adhesión a la salida de un golpe de estado, que los comunistas visualizaban como el seguro preámbulo de una "guerra civil". En una declaración emitida poco después de estallado el golpe, y cuando la suerte se hallaba todavía indecisa, se hablaba en tono admonitorio tanto al gobierno como

"...a los sectores democráticos opositores seducidos por el falso miraje de un golpe de estado, que ese no era el camino, que la violencia y la guerra civil sólo podrían desembocar en la anarquía y la dictadura, y que en vez de ello debía orientarse hacia el régimen de convivencia democrática."

Después de 1955 el PC es excluido de la comunidad de los partidos políticos antiperonistas (representada en la Junta Consultiva Nacional), pero a diferencia del peronismo, no se lo priva de la legalidad. Mientras intenta recomponer su fuerza en el movimiento obrero y avanzar en los ámbitos culturales y educativos que tomaban nuevos bríos luego de sufrir condiciones difíciles en el decenio anterior, los comunistas se orientan a sacar partido de los espacios de legalidad que se le abren. Participarán en las elecciones a Asamblea Constituyente, pese a la dudosa legitimidad de esa convocatoria, y con tres representantes tomarán parte en la convención reformadora hasta su interrupción, a diferencia de otras fuerzas que se retiran en disconformidad.

En los años inmediatamente posteriores a 1955 los comunistas reconquistan algunas posiciones en el movimiento obrero (sindicato de la construcción, gastronómicos, parte de la conducción ferroviaria y de los bancarios, etc) que no logran consolidar en el mediano plazo, y buscan aliarse con el sindicalismo peronista, con el que forman parte de más de un intento de unidad. La actitud general frente al peronismo transitó de la ilusión inicial en que su desaparición sería la consecuencia más o menos inmediata de su desplazamiento del aparato estatal, a la búsqueda de "políticas de unidad" tanto en lo electoral como en lo gremial, que incluiría, ya en 1962, el apoyo a candidatos peronistas en algunos comicios parlamentarios y provinciales, y luego la coincidencia en el voto en blanco en los comicios presidenciales de 1963. Al mismo tiempo, se prevé un "giro a la izquierda" de las masas peronistas, al que se lo concibe en una visión teleológica, en la que los trabajadores peronistas se desplazarán hacia la ideología de los comunistas:

"(...) el desarrollo dialéctico de la situación llevará inevitablemente a los sectores obreros y populares del peronismo a posiciones coincidentes con la de los comunistas y a la asimilación paulatina de la doctrina marxista-leninista."

En estos años los comunistas viven un verdadero auge de su influencia en sectores de capas medias, incluyendo en lugar destacado los ámbitos intelectuales y artísticos. Todavía sin otra fuerza política a su izquierda que pequeños grupos trotskistas, pertenecer a una izquierda de tradición marxista y estar vinculado al comunismo, era casi sinónimo en los ámbitos de capas medias ilustradas. No tardaría demasiado tiempo, sin embargo, en enfrentar fuertes contradicciones precisamente en esos ámbitos. El advenimiento de la revolución cubana, hizo aflorar el debate sobre la viabilidad y oportunidad de la lucha armada en América Latina, a la que el PC era reacio y solía identificar con "aventurerismo".

Por la misma época, con un enfoque en general fuertemente crítico de la política comunista, se produjo la floración de las primeras corrientes de la llamada "nueva izquierda" influidas por la discusión marxista y no marxista europea, los movimientos anticolonialistas y de liberación nacional, y las simpatías despertadas por la revolución china y la cubana por sobre la soviética. El prestigio de la URSS sufría los daños crecientes en su prestigio derivados de las revelaciones del XXº Congreso y la invasión a Hungría. El naciente enfrentamiento entre la China socialista y la conducción soviética, aportaba un nuevo ángulo para la crítica a la "ortodoxia" orientada desde Moscú. En ese "paisaje", la viabilidad de una izquierda revolucionaria por fuera del comunismo tradicional e independiente de las orientaciones provenientes de Moscú se dibujaba con

claridad creciente en el horizonte.

Para la segunda mitad de los años 60 ya era claro que el PC había perdido su virtual monopolio de la izquierda marxista y revolucionaria. Nuevas corrientes inspiradas en el maoísmo, en la revolución cubana, en versiones renovadas del trotskismo, o en una convergencia de la tradición marxista con el peronismo a fuerza de privilegiar el costado obrero y nacionalista de éste, disputaban con éxito el escenario a los comunistas. Conducidos todavía por Codovilla y los hermanos Ghioldi, hombres ya ancianos, y anclados en la versión más estrecha del marxismo soviético, el comunismo local se apresuró a rechazar y "depurar" cualquier intento de apertura hacia nuevas corrientes de pensamiento y formas de acción distintas de las tradicionales. La temprana recepción de Gramsci, por ejemplo, culminó en la expulsión de un grupo de jóvenes militantes inspirados en su pensamiento, a comienzos de los años 60. Pese a, y en parte justamente a causa de, esta cerrazón política y cultural del PC, los años 60 marcaron el progresivo paso de la pérdida del monopolio del marxismo revolucionario por el PC, a un nivel de cuestionamiento que tendía a excluirlo de toda consideración dentro de ese campo. Toda esa década fue de sucesivos desgajamientos de grupos de intelectuales, artistas y militantes universitarios, comenzando por la ruptura con los jóvenes gramscianos del grupo Pasado y Presente ya mencionada, para culminar en una disidencia de mayor envergadura cuantitativa, que se llevó consigo a parte sustancial de la juventud comunista, y dio lugar a la formación del Partido Comunista Revolucionario, de orientación maoísta. Con todo, pese a la pérdida de sus mejores cuadros en la intelectualidad joven, el alejamiento de cualquier reflexión renovadora, fuera marxista o no, y el espíritu contrario a la onda de radicalización que recorría el país y el continente, el PC conservó una numerosa militancia y la influencia sobre variadas instituciones relativamente autónomas del partido. Empero, la disciplina y el elevado espíritu de lucha de sus militantes no aparecía ya como portador de las posiciones más radicalmente enfrentadas al sistema social. Los comunistas argentinos no sólo tenían cada vez más "competidores" a su izquierda, sino que tendían a ser percibidos como una expresión más bien "reformista" en lo político, cerrada sobre la más estricta ortodoxia soviética en lo ideológico, convertida en la práctica en una suerte de "socio menor" de los partidos políticos tradicionales.

Podría afirmarse que este proceso constituyó una segunda gran crisis para el comunismo argentino. La primera, en torno a 1945, había estado signada por la dramática disminución de influencia en la clase obrera, con un partido superado por un proceso social que desbordaba los límites en que la vida política argentina se había movido hasta ese momento. Esta nueva coyuntura crítica de los 60' era más integral y más profunda, porque afectaba la "visión del mundo" de los comunistas en su conjunto, desde su enfoque de la teoría marxista hasta su análisis de la sociedad argentina y de las vías de acción social y política que ésta permitía, pasando por la preeminencia absoluta que asignaba a la URSS, "patria del socialismo", en el campo internacional. A lo largo de décadas, el PC había ido cristalizando una serie de posiciones que se habían convertido en inamovibles, mas allá de cambios en la estructura social, en la perspectiva cultural y en el debate de ideas, a nivel tanto local como mundial. Lo mismo ocurría con sus prácticas cotidianas, sus estructuras organizativas. Todo tendía a anquilosarse. Quizás convenga hacer un alto para examinar sus caracteres principales.

La visión de la sociedad y la organización partidaria

El Partido se mantuvo siempre firme en una línea de análisis de la realidad nacional que quedó fijada en sus contornos fundamentales ya en 1935, y se prolongó hasta la década del 80, algunos de cuyos rasgos centrales eran:

a) Se enfatizaba el carácter atrasado y dependiente de la estructura económico-social argentina, subestimando paralelamente la importancia del desarrollo capitalista en el país:

"Lo que ha frenado hasta ahora el progreso argentino ha sido la estructura anacrónica fundada sobre el predominio del latifundio y la posesión por el imperialismo de las palancas esenciales de nuestra economía"

La descripción básica comprendía un agro de explotación primitiva e ineficiente, una industria insuficientemente desarrollada, la fuerte penetración del capital imperialista en la economía, la debilidad de

la "burguesía nacional", que tenía contradicciones objetivas con el imperialismo pero era incapaz de desarrollar un "proyecto nacional" propio. En ese cuadro, la contradicción burguesía-proletariado pasaba a un segundo plano, mientras el imperialismo era considerado como "enemigo principal" (aliado a los 'latifundistas de tipo feudal' y a la difusa categoría de "gran capital intermediario"). El problema de Argentina no era entonces el capitalismo, sino la falta de desarrollo capitalista, se decía. Y 'el problema de los problemas', entonces, era el agrario, encarnado por el latifundio, tal la tesis de Rodolfo Ghioldi, repetida durante décadas. Se enfrentaban entonces no clases, sino "polos":

"...el polo constituido por el imperialismo, particularmente el yanqui, la oligarquía terrateniente y la gran burguesía entrelazada con esos intereses, y el polo representado por la clase obrera, los campesinos, las capas medias, la pequeña y mediana burguesía y otros sectores de la burguesía nacional no comprometida con el imperialismo."

En lugar de ser ubicada como un componente efectivo del "bloque en el poder", buena parte de la burguesía, caracterizada como "nacional" era considerada como un aliado potencial en la tarea de resolver la "falta de desarrollo capitalista" de Argentina. De allí, se pasaba a la caracterización de la revolución necesaria en la Argentina como "democrático-burguesa" orientada no contra la organización social capitalista sino a favor de ella, para desmontar los 'obstáculos' que se le oponían. Revolución "democrática, agraria y antiimperialista" ... que tenía en vista al socialismo, pero en una etapa posterior. Quien planteara el carácter directamente socialista de la revolución, pasaba automáticamente a la ominosa categoría de 'ultraizquierdista'.

b) Campeaba en los análisis del PC cierto racionalismo de raíz ilustrada y más cercanamente, positivista (vía José Ingenieros, Aníbal Ponce, los fundadores del PS).

Cómo los socialistas (de cuyo tronco provenían), como los liberales de diversas corrientes, los comunistas argentinos añoraron Europa y los EEUU, mientras sufrían su destino periférico, el 'accidente' de haber nacido en la alejada América del Sur. Como ellos, hablaron en ocasiones de la "desgracia" de ser colonizados por España, o de haber rechazado las invasiones inglesas. Se hallaban incómodos con las peculiaridades de la "política criolla" (aunque ya no la llamaran así) y se desenvolvían con mayor soltura en aquellos ámbitos que se aproximaban, en la ideología y las prácticas políticas, a un campo político "civilizado": Su romance con el radicalismo alvearista en los años treinta (expresado en la consigna 'Alvear a la presidencia'), el acercamiento al presidente Ortiz, su estrecha alianza con la democracia progresista durante un período, en los años cuarenta, y por supuesto, la auténtica "borrachera" liberal de la Unión Democrática fueron evidencias de ésta forma de ver las cosas: La política que se quería vivir era la del campo demo-liberal, a la 'europea'. Esa era la línea "correcta" de evolución histórica, la única 'legítima', la exclusivamente digna de atraer los empeños de un partido 'científico', identificado con 'lo más avanzado de la humanidad'... Lo que no encajaba en esa matriz tendía a ser rechazado o ignorado.

c) El tipo de emplazamiento social que tuvo el partido constituyó otro de los factores que confluyeron para delinear la política partidaria.

La alteración de la composición social del partido a partir de la década del cuarenta, con la gradual pérdida del peso minoritario pero significativo alcanzado en ámbitos obreros, y la progresiva ampliación de su espacio en las "capas medias" redundaba en la estabilización de un modelo, no confesado pero eficaz, de acción política, que en la práctica funcionó como alternativa a una presencia más importante en el movimiento obrero y a la dificultad de operar en otros ámbitos populares: La inserción en organismos de capas medias, tanto profesionales como empresarios, y en ámbitos estatales (empresas públicas, poder judicial, organizaciones empresarias, FFAA), muchas veces en modalidades de actuación no pública, pero logrando a la postre una ubicación más fuerte y persistente que en ámbitos obreros y populares. Se desenvuelve así una suerte de "entrismo" en las instituciones burguesas, en la creencia de que los comunistas eran, en esos medios, "portadores de la ideología proletaria". En los hechos, la influencia era bidireccional, y el PC recaía cada vez más en una disputa (en condiciones de marginalidad) del poder en el 'arriba' de la sociedad, con concepciones cada vez más influidas por el pensamiento más o menos oficial, mientras las raíces en los

ámbitos populares se estancaban o agostaban progresivamente. La dirección comunista se imaginaba la acción de sus militantes como un ingreso de las concepciones de un macizo "marxismo-leninismo" en el "campo burgués", pero solía ocurrir lo contrario: La influencia del pensamiento oficial impulsaba gradualmente hacia la derecha a esos militantes que sólo tenían para defenderse de ella, los empobrecidos esquemas difundidos por el Partido. No se trata de que el PC no tuviera en su base muchos (quizás mayoría) de militantes de origen popular; obreros, empleados de baja jerarquía, trabajadores "por cuenta propia", etc. Pero fronteras afuera de la organización, la influencia en las clases subalternas era más bien escasa, mientras que en las organizaciones de pequeñas y medianas empresas, el cooperativismo de crédito y ciertos ámbitos profesionales e intelectuales, los comunistas poseían mucha mayor capacidad de acción. Más allá del dato estadístico sobre la extracción de clase de sus afiliados, los de capas medias e incluso "altas" eran el sector más influyente y "visible" del partido, al menos desde los años sesenta.

d) El prosovietismo acérrimo era otra característica principal de los comunistas argentinos. Es quizás el elemento más conocido, más obvio, más repudiado e incluso ridiculizado del partido, pero ello no implica que se lo haya analizado en todas sus implicancias.

La versión más codificada e inmutable del "marxismo soviético" fue erigida en el alimento "teórico" de sus cuadros y militantes. Los intereses de la URSS eran identificados sin reservas con los del socialismo a nivel mundial. La actuación de los PC nacionales (el argentino en primer lugar) tomada como una contribución al triunfo soviético en la 'guerra fría' contra EEUU y el mundo capitalista.

Se puede sostener con bastante razón que estos rasgos son comunes a cualquier PC prosoviético. Pero en el caso argentino, frente a su debilidad política y teórica y la pobre inserción social e institucional, el prosovietismo se convirtió en una segunda identidad, cuando no en la primera, para la dirección comunista. Según Manuel Caballero, que intenta bucear los orígenes de esa orientación, el Partido Comunista de Argentina fue, durante un cuarto de siglo, el más confiable para la dirección internacional y de una forma u otra, el líder de las secciones latinoamericanas. Líder incluso de aquellas que probaron ser más importantes tanto por el número de sus miembros como por su propia significación en la vida política de sus respectivos países, como la chilena o la uruguaya.

La posición frente a la URSS fue vara fundamental para medir el grado de "progresismo" de los personajes de la burguesía, y más todavía, la autenticidad o no de la condición "revolucionaria" de la gente de izquierda: Si esta era la 'piedra de toque' de un revolucionario, como le gustaba afirmar a Rodolfo Ghioldi, quienes eran críticos más o menos severos de la sociedad y la política soviéticas, no eran reputados tales, por más que lucharan de modo denodado por la transformación anticapitalista de las sociedades en que vivían.

Este criterio, llevó a resultados catastróficos cuando, desde los últimos años cincuenta, la crítica de izquierda al stalinismo y a la burocracia soviética se hizo cada vez más generalizada, y fundamentada desde las categorías marxistas, hasta el punto de ser compartida por el grueso de las corrientes de la "nueva izquierda" que crecían en nuestro país y en el mundo, las que quedaban automáticamente descalificadas por los comunistas a causa de sus visiones críticas sobre la sociedad soviética y su dirigencia.

La organización partidaria

El Partido Comunista, durante más de medio siglo, se desarrolló bajo la guía de una dirigencia "eterna", que se ampliaba muy gradualmente por cooptación, pero no se renovaba. Tres dirigentes; Victorio Codovilla y los hermanos Rodolfo y Orestes Ghioldi pertenecían al partido casi desde su fundación, y se mantuvieron en la dirección partidaria desde 1928 en adelante, con interrupciones pasajeras. Gerónimo Arnedo Alvarez fue secretario general del Partido desde 1938 hasta su muerte en 1980. Rubens Iscaro fue durante décadas responsable sindical. Otros dirigentes, como Fernando Nadra y Oscar Arévalo, ingresaron más tardíamente en los máximos niveles de decisión, pero una vez allí también se volvieron "inamovibles".

Ese núcleo de conducción, más algunos otros de menor relieve pero similar permanencia, eran la cara pública del partido, a la vez que mantenían en sus manos los hilos del poder organizativo. A más tardar en los primeros 60, había ya un fuerte quiebre generacional con las potenciales tendencias renovadoras, que

ampliaba la brecha en cuanto a la posibilidad de un entendimiento; y una nula predisposición a transitar con actitud innovadora esos tiempos de cambios vertiginosos y cuestionamientos generalizados, y de participación más que activa de la juventud en la acción y el pensamiento. Los cuestionamientos provenientes de dirigentes y cuadros más jóvenes, menos comprometidos con la trayectoria partidaria y los clichés de la línea política, terminaba en expulsión o silenciamiento una vez tras otra, y si bien el número de militantes se recuperó una y otra vez, los cuadros perdidos no se reponen, y la incidencia y el prestigio comunista en diversos campos y en especial en los ligados al trabajo intelectual, desciende rápidamente. Uno de los mecanismos para 'suplir' el deterioro, era, al revés de lo indicado por la tan mentada dialéctica, saltar de la 'calidad' a la cantidad, y poner en primer lugar los logros cuantitativos: El partido se enorgullecía de las nuevas afiliaciones logradas, de las cuantiosas recaudaciones de las campañas financieras, del alto número de periódicos partidarios vendidos... sin detenerse a balancear el contenido real de esos 'logros', medidos con criterios más contables que políticos.

El PC convertía en "funcionarios" (personas rentadas, dedicadas a tiempo completo al trabajo partidario) a centenares de cuadros del partido y la juventud, repartidos desde la conducción nacional a comités locales o barriales. Esta 'profesionalización' en un partido minoritario, proscrito de la actividad legal durante largos períodos y con una deficiente inserción en los medios obreros y populares, daba lugar a que buena parte de estos "funcionarios" fueran verdaderos exponentes de "aparato", dedicados a tareas organizativas internas o propagandísticas, en un trabajo que en gran parte se desenvolvía puertas adentro de los locales partidarios, con un funcionamiento de "oficina" en el que recibir informes desde "arriba" y retransmitirlos hacia "abajo" era la tarea política más habitual.

Los dirigentes máximos habían pasado, a esa altura, varias décadas de su vida como "funcionarios" partidarios, a menudo sin ninguna otra participación en ámbitos político-institucionales, laborales o académicos. Por añadidura, la mayoría de estos dirigentes no tenía una formación teórica sistemática más allá de las "escuelas de partido" locales o internacionales, y por lo tanto sus instrumentos para analizar la realidad económica, social, política y cultural eran rudimentarios, sin que la experiencia directa en el movimiento de masas pudiera remediar siquiera en parte esa precariedad.

Esta dirigencia era, sin embargo, objeto de una fuerte deferencia por parte de la institución partidaria, y asumida como incuestionable en cualquier campo de la actividad y el saber en el que incursionaran, lo que producía un 'achatamiento' de todo debate serio, bajo la férula de un 'centralismo democrático' atento siempre al primer término de la fórmula y ampliamente despreocupado del supuesto componente de democracia, que hacía descender toda la discusión al mínimo común denominador marcado por lo más mediocre de la dirigencia.

Los aparatos propagandísticos, organizativos y financieros del partido configuraban una maquinaria aceitada y eficaz... para todo lo que fuera previsible y calculable numéricamente, sobre todo si se podía resolver por medidas más bien administrativas, sin aventurarse demasiado al "exterior" del partido. En cambio se tendía a detestar lo espontáneo, lo no establecido, lo que no era conocido previamente. Las frecuentes condiciones de clandestinidad o semi-clandestinidad y la consiguiente brevedad e inestabilidad de los intervalos de libertad de actuación, contribuían a darle una razón de ser a esta maquinaria, sobre todo vista a la luz de la supervivencia y reproducción del propio partido.

El 'aparato' erigía a la preservación y crecimiento de la estructura partidaria en un objetivo válido por sí mismo, en el punto donde convergían todos los afanes, e incluso entraba en contradicción directa con las aspiraciones de desarrollar el partido en los movimientos de masas, al absorber gran cantidad de militantes para las tareas internas. Las anécdotas circulantes sobre cuadros obreros destinados a organizar la entrega de carnets a nuevos afiliados, o de activos militantes de barrios populares derivados a tareas de administración de los locales partidarios, señalaban casos extremos, pero reales, de toda una concepción administrativa y "endógámica" de la política.

Ello concluía por relegar la realidad social a un segundo plano. Cuando el partido fue perdiendo relevancia en los sindicatos y otras organizaciones autónomas, a partir de la aparición del peronismo y más acentuadamente desde los primeros 60, la dirigencia orientó la organización a una vida progresivamente más

"endogámica". Sectores enteros de la militancia se sumían en una actividad que reconocía un tempo político más orientado hacia la vida interna del partido (un calendario donde, a intervalos más o menos regulares, se escalonaban la fiesta de la prensa, la campaña financiera, la colecta de recursos de fin de año) que hacia los acontecimientos de la sociedad.

Cualquiera que haya conocido la vida partidaria desde adentro, puede testimoniar los importantes esfuerzos que debían hacer los dirigentes de los 'frentes de masas' (sindical, estudiantil, etc.), para llevar atención hacia conflictos o acontecimientos en sus ámbitos, cuando estos coincidían, por ejemplo, con la "campaña financiera". Centenares de militantes sindicales, estudiantiles, barriales, de las organizaciones culturales, deseosos de oponerse al capitalismo y de luchar por una mejor suerte para las clases trabajadoras, se veían con frecuencia 'tirados para atrás' por un 'aparato' que tenía prioridades y tiempos diferentes a los de la fábrica o las calles. El desarrollo externo a la estructura partidaria apuntaba más bien a un "afuera" relativamente cercano y manejable, fortaleciendo organizaciones de alcance limitado pero que podía controlar de modo férreo, como la organización de mujeres UMA, el Consejo Argentino por la Paz, la Liga por los Derechos del Hombre, una gran cantidad de cooperativas urbanas y rurales, organizaciones de solidaridad con la URSS y otros países del bloque socialista, y un largo etcétera.

Los tiempos recientes: Progresiva agudización de la crisis

En su XIIº Congreso, celebrado en 1963, los comunistas habían desechado la opción por la lucha armada, a favor de lo que denominaban la "acción de masas" en sindicatos, barrios y ámbitos estudiantiles:

"(...) sobre el problema del camino a seguir para conquistar el poder, nuestro Partido tiene una posición tomada ya antes del XX Congreso del PCUS. Siempre consideró que había que desarrollar el movimiento de masas y sobre esta base, crear las condiciones favorables para la toma del poder por vía pacífica, sin excluir la acción parlamentaria; o por vía no pacífica, si los círculos dirigentes del país cierran todas las posibilidades democráticas para la conquista del poder."

La vía armada aparecía como una última ratio determinada por la actitud de las fuerzas enemigas, y no una táctica a adoptar en lo inmediato, contra la opinión de sectores de la izquierda, a los que incluso se reconocía repercusión en las filas partidarias, que postulaban el de las armas como el único camino abierto a la transformación revolucionaria: (...) en los últimos tiempos (...) se expresa en algunos sectores cercanos al Partido, y, a veces, repercute en su seno, la idea de que en nuestro país se ha cerrado definitivamente la posibilidad del triunfo por la vía pacífica y que no queda otro camino que el de un levantamiento armado."

Esa posición no cambiaría cuando, hacia fines de los años 60, las experiencias guerrilleras viraron del asentamiento rural a la actuación urbana, y pasaron progresivamente de ser experiencias aisladas y poco duraderas a desarrollar organizaciones numerosas, con amplio desarrollo de actividades sociales y políticas por fuera de la lucha armada, no exentas de simpatía popular y de inserción en el campo obrero, como fue el caso de Montoneros y del Ejército Revolucionario del Pueblo. El PC prosiguió apostando en primer lugar a la ampliación de los espacios institucionales y a la realización de acciones de masas, si bien no desdeñaba preparar a sus militantes para eventuales enfrentamientos violentos.

Ante el golpe militar de 1966, los comunistas no vacilaron en pronunciarse en un tono condenatorio sin atenuantes acerca de la "Revolución Argentina", sin los arrestos de expectativa o tolerancia exhibidos por otras fuerzas políticas:

"Ya se han ido acumulando suficientes elementos como para que nadie se llame a engaño sobre que representa el 'nuevo orden comunitario' prometido. No se trata de un gobierno dictatorial corriente, de los varios que han venido a cercenar tal o cual libertad. Se trata de un nuevo tipo de gobierno, basado en un Estado corporativo-fascista que arrasa con todas las libertades y conquistas obreras, populares y democráticas logradas luego de muchos años de lucha."

Ante la proscripción de los partidos políticos y la promulgación de legislación especial anticomunista, el PC, más allá de la inadecuada caracterización como fascista de lo que era una dictadura militar reaccionaria pero

sin los rasgos de movilización social ni el nacionalismo belicista característicos del fascismo, se convirtió en una de las fuerzas abanderadas de la resistencia contra ella.

El alto nivel que la radicalización ideológica y la movilización de masas alcanzó a partir del año 1969 en Argentina, con hitos como el "Rosariazo" y el "Cordobazo", conmovió a los comunistas, que participaron activamente en las rebeliones y "puebladas" que se desencadenaron en variados puntos del país. Los comunistas valorizaban en términos muy elevados "las grandes luchas obreras y populares de los últimos tiempos, sus exigencias de carácter antiimperialista y antioligárquico ... El giro a la izquierda se ha generalizado y alcanzó un nuevo nivel en su desarrollo." Pero en el mismo momento, reiteraban recetas tradicionales: "Es en esta perspectiva que debemos ubicar nuestras tareas en el futuro inmediato, para impulsar la unidad de acción y la formación del gran frente democrático nacional de todas las fuerzas patrióticas, antioligárquicas y antiimperialistas."

Algunas acciones contestatarias de la época contaron con presencia protagónica de cuadros comunistas, como la huelga de los trabajadores de la construcción de la represa El Chocón, liderada por el dirigente Antonio Alac, o el propio Cordobazo, en el que militantes comunistas rodeaban a Agustín Tosco. La conducción comunista saludaba alborozada el avance de la movilización y los "combates masivos" y los interpretaba como la apertura de "un nuevo proceso político en el país, favorable a las fuerzas del progreso, de la libertad, de la independencia nacional." Pero estas evaluaciones no llevaron a modificar las orientaciones políticas fundamentales del partido, sus prácticas cotidianas, ni su visión estrecha y autocomplaciente del mundo político en general y de la izquierda en particular.

Siguieron procurando alianzas en los partidos tradicionales sin darle la dimensión suficiente a las nuevas corrientes, y ante la evidencia de que el peronismo resurgía con una fuerza incontenible e incluso estaba en condiciones de capitalizar el auge de las luchas populares mientras amplios sectores en su interior se radicalizaban, buscaron un acercamiento que terminaba por privilegiar al propio Perón y a su dirigencia más institucionalizada, en lugar de las corrientes volcadas hacia la izquierda, a las que en parte se cuestionaba como "ultraizquierdistas". De ese modo, la posición frente al gobierno electo por voto popular que asumió la presidencia en 1973, tendió más al apoyo a sectores "reformistas" en su seno, que a apostar a los que, desde dentro y fuera del peronismo, apuntaban a su radicalización. El modo de posicionarse frente a la radicalización de un sector del peronismo, fue objeto de crítica y punto fundamental de la ruptura con el partido de Ernesto Giúdice, en 1973:

Con Cámpora asciende al gobierno lo más combativo, de aspiración revolucionaria, del peronismo... Un esquema liberal-burgués impuesto... (en la visión de la conducción partidaria) sobre el proceso histórico argentino real, no permitía pronunciar siquiera la palabra "Montoneros" y los montoneros surgían como una gran fuerza popular al lado de otras tendencias revolucionarias del peronismo.

Un hombre del PC incluso, ocupaba nada menos que el ministerio de Economía durante buena parte del trienio abierto en 1973. En momentos en que se producía algo similar al "giro a la izquierda" profetizado una década antes, la dirección comunista se mantenía a distancia de quienes lo protagonizaban efectivamente.

Los comunistas tendieron a visualizar tempranamente la efectiva amenaza de un nuevo golpe militar, y rápidamente pasaron a orientarse más a evitar esa contingencia que a la apuesta por un cambio revolucionario. Este posicionamiento tenía su base en la forma más bien "defensiva" de entender la acción social y política que venían adoptando desde hacía décadas. Junto con el repudio al posible golpe futuro, fueron desplazándose hacia cierto "acomodamiento" para el caso que éste se produjera, expresado en la consigna de "gabinete cívico-militar", planteada ya tiempo antes del golpe. Y esa tendencia pasó a reflejarse plenamente en las primeras declaraciones posteriores al 24 de marzo de 1976.

El 25 de Marzo de 1976, al día siguiente del golpe, el CC del P.C emitía una declaración a propósito del golpe del día anterior. En uno de sus párrafos se lee:

"El Partido Comunista está convencido de que no ha sido el golpe del 24 el método más idóneo para resolver la profunda crisis política y económica, cultural y moral. Pero estamos ante una nueva realidad. Estamos ante el caso de juzgar los hechos como ellos son. Nos atenderemos a los hechos y a nuestra forma de juzgarlos: su confrontación con las palabras y promesas."

Como se ve, el golpe no era considerado el 'método más idóneo', pero se le reconocía el propósito de aportar soluciones, es decir que su finalidad última se consideraba válida, reduciendo la discrepancia a los medios aptos para obtenerla. Toda la declaración está impregnada de la aceptación de las condiciones impuestas por las Fuerzas Armadas, y por el reconocimiento de las justificaciones iniciales del pronunciamiento militar y los objetivos que la flamante dictadura se adjudicaba. Más adelante, sigue mostrándose de acuerdo con los postulados del naciente "Proceso de Reorganización Nacional":

"Fidelidad a la democracia representativa con justicia social, revitalización de las instituciones constitucionales, reafirmación del papel de control del Estado sobre aquellas ramas de la economía que hacen al desarrollo y a la defensa nacional. El Partido Comunista, aunque no comparte todos los puntos de vista (subrayado nuestro) expresados en los documentos oficiales, no podría estar en desacuerdo con tales enunciados, pues coinciden con puntos de su Programa, que se propone el desarrollo con independencia económica, la seguridad con capacidad nacional de decisión, soberanía y justicia social."

Menos de dos meses después del golpe, se publica un trabajo más extenso, de autoría de Orestes Ghioldi, uno de los miembros más destacados de la dirección, que insiste y profundiza en este tipo de concepciones, llegando a considerar que los partidarios de las soluciones más violentas habían acelerado el golpe de estado pero no habían prevalecido en el gobierno resultante:

"... es justo comprobar que el movimiento del 24 de marzo tiene algunos rasgos que lo diferencian de los anteriores. Las fuerzas armadas, llegadas al poder de facto, en vez de disolver los partidos políticos suspenden sus actividades provisionalmente. Aunque no se puede ocultar que quienes consideran —a pesar de la trágica experiencia chilena— que la solución debe levantarse sobre una montaña de cadáveres, presionaron para precipitar el golpe, aunque no prevalecieron en él; y ahora presionan y actúan para provocar un viraje a la derecha."

Todo el planteo de la convergencia cívico-militar no nace de la nada en marzo del 76, ni en el descalabro 'isabelino' que precede al golpe. Trabajar sobre las contradicciones al interior de las Fuerzas Armadas para definir las en un sentido progresista, es una idea que puede rastrearse en los documentos partidarios al menos desde comienzos de la década del 60', alimentada sin duda por los procesos militares de tinte real o supuestamente progresista que se abren en países del Tercer Mundo. Desde 1955, se repetiría la tendencia a reproducir en el campo militar lo que se hacía en los más variados terrenos: Delimitar la principal disputa 'por arriba' y tratar de influir a favor de uno de los bandos en lucha, con la mayor cantidad de herramientas que se tuviera al alcance, sin proponerse una línea política propia, autónoma. En la cosmovisión del PC, que identificaba en la práctica el avance de la burguesía liberal con proyección hacia la "revolución democrática", los militares de discurso cercano al liberalismo político, aparecían como una promesa de evolución positiva de la situación, por más que la reforma agraria o la nacionalización de las empresas monopólicas que supuestamente caracterizaban la 'primera etapa' de la revolución fueran no sólo ajenas sino contrarias a sus objetivos

A base de las resonancias "liberales" y "constitucionalistas" que acompañaban al discurso del dictador Videla, el partido optó por reproducir una vez más la política de "apoyo crítico" al supuestamente menos dañino de los campos burgueses en pugna, al que se imaginaba como "democrático" en oposición al "pinochetismo", identificado este último en exclusividad con la ideología abiertamente reaccionaria y las prácticas represivas más criminales. A base de reyertas secundarias entre verdugos, a falta de mejor material, el PC "dibujó" la enésima versión del enfrentamiento "democracia vs. Fascismo", que creía estar librando desde la década de 1930. Una y otra vez se había adoptado ese posicionamiento en el pasado reciente, como en 1955 y en 1962. Por otro lado, y tal como lo mencionaba en sitio destacado Orestes Ghioldi, la no proscripción del partido permitía apuntar a la preservación de la estructura partidaria, en medio de una

represión que se descargaba con máxima intensidad sobre las organizaciones que sí habían sido declaradas ilegales, que eran casi todas las situadas a la izquierda del PC, estuvieran o no involucradas en la lucha armada. Esa actitud de "prudencia" coexistió contradictoriamente con el hecho de que centenares de comunistas fueron detenidos o desaparecidos por el régimen, y con los esfuerzos, a menudo heroicos, de los militantes comunistas por liberar a presos y desaparecidos, y por tratar de impulsar acciones de resistencia antidictatorial en variados campos. Pese a ello, los documentos partidarios no alteraron esa postura, mantenida hasta bien avanzado el año 1982, sobre el final de la dictadura militar.

A la luz del derrumbe del régimen dictatorial y del conocimiento más profundo y generalizado de sus crímenes, la política de la dirección partidaria pasó a ser un lastre frente al resto de la izquierda y a la sociedad en general, y una fuente de creciente descontento desde la militancia de base hacia la dirigencia que había tenido responsabilidades decisorias en aquella orientación, éticamente cuestionable y políticamente fallida. Ya en los albores de la restauración institucional, el tortuoso apoyo electoral al peronismo en las elecciones de octubre de 1983 y el forzado "blanqueo" de la escasa influencia electoral del partido y la persistente sobrevaluación de su masa de afiliados, sumaron factores de crisis.

Un recambio generacional, unido a una revaloración del proceso político latinoamericano de los años recientes, y las luchas, incluso armadas, desenvueltas en Argentina, fueron apuntando hacia un cambio que intentara en alguna medida rendir cuentas de las políticas de los años anteriores.

1986 fue el año del llamado "viraje", materializado en el XVI Congreso partidario celebrado ese año. Fue un proceso autocrítico basado en caracterizar como desviación "reformista" las posiciones frente a la dictadura y más en general la política de alianzas persistentemente orientada a la "burguesía nacional" y a los partidos políticos supuestamente ligados a la misma, pasándose a mencionar a "la izquierda" como eje de los entendimientos. La misma caracterización estructural del país como "atrasada y dependiente" con resabios semif feudales, era dejada de lado, para reconocer la preeminencia de relaciones capitalistas en Argentina. Y por tanto se cuestionaba la concepción de "revolución por etapas", visualizándose mayor cercanía entre las transformaciones democráticas y las socialistas:

"Afirmamos de este modo nuestro objetivo socialista, como la culminación de un proceso revolucionario único, que transita por el camino de lucha de las transformaciones antiimperialistas y antioligárquicas, que saquen a la patria de la dependencia y el atraso..."

y se otorgaba centralidad al tema del poder, en implícita crítica al anterior relegamiento de la cuestión:

"El problema fundamental no resuelto y que es el eje de todas las tareas que se plantean a las fuerzas revolucionarias es la cuestión del cambio del poder político. (...) De establecer, desde el punto de vista de clase, quién dominará los resortes claves de la economía y las finanzas, quién habrá de dirigir los destinos de la Nación."

De allí se partía a un cuestionamiento que tendía a proyectarse incluso sobre el pasado no tan reciente, en especial en lo que respecta al alineamiento frente al primer peronismo. También se modificaba la visión hacia los movimientos de liberación nacional, la revolución cubana, y las experiencias guerrilleras de los 70, procurando identificar al partido con esas luchas y con sus figuras emblemáticas, comenzando por Ernesto "Che" Guevara, antes contemplado con cierta "distancia crítica" por el partido. La vieja visión del PC sobre las expresiones de la izquierda por fuera de él, que condenaba irremisiblemente a todas las expresiones políticas situadas a su izquierda bajo el rótulo de "ultraizquierda", pasaba a ser revisada al mismo tiempo que el "seguidismo" del partido hacia las expresiones más o menos progresistas dentro de la política "burguesa". Las políticas en el movimiento sindical y estudiantil se radicalizaron y llevaron a la formación de nuevas alianzas hacia la izquierda, al mismo tiempo que se adoptó una visión más crítica de la "transición democrática" en curso desde diciembre de 1983, y se adoptaron valoraciones más negativas sobre el gobierno del presidente Alfonsín.

Respecto a la casi simultánea iniciación de la "perestroika" soviética, el PC tuvo una relación ambivalente, sobre todo con el llamado "nuevo pensamiento", que revisaba las posiciones antiimperialistas y el

cuestionamiento frontal a las políticas estadounidenses por parte del partido soviético. Una tendencia, implícita pero clara, a referenciarse mayormente en Cuba se hacía evidente.

A partir de su alianza con el Movimiento al Socialismo en 1985, el atractivo ejercido por los lineamientos del XVI° Congreso, y en parte favorecido por el cuadro bastante disminuido en número y gravitación que ofrecían otras corrientes de la izquierda marxista, el PC comenzó a recibir una atención mayor de ciertos núcleos de la intelectualidad y la militancia de izquierda, incluyendo algunos provenientes de la lucha armada de la etapa anterior, como resultado de una apertura político-cultural cuyas limitaciones eran muchas, pero contrastaba con la rigidez de toda la etapa anterior, e incluso con la actitud de otras fuerzas de izquierda, negadas casi por completo a admitir errores o revisar concepciones sustentadas con anterioridad.

De todas maneras el proceso resultó costoso y plagado de contradicciones. Primero sufrió el desgajamiento de dirigentes y militantes que defendían con mayor o menor decisión la línea política previa a 1986, incluyendo a algunos de los principales animadores de la conducción anterior. Luego sobrevinieron algunas rupturas de signo diferente, que abarcaban sobre todo a militantes de base y cuadros intermedios, que más bien tendían a reprochar falta de profundidad o claridad teórica y política en la radicalización hacia la izquierda en curso, cuando no acusaban la reproducción de las prácticas burocráticas y autoritarias tradicionales en el partido, el que por cierto, no se había planteado la democratización interna como un objetivo central a alcanzar, manteniendo la férrea adhesión al "centralismo democrático", sin demasiadas innovaciones respecto a cómo se lo entendía en la verticalizada tradición partidaria.

El panorama se complicó aún más en 1989-90, cuando en el marco de los debates producidos por el derrumbe en marcha del "bloque socialista", las divergencias se instalaron en el mismo sector de la dirigencia que había impulsado el "viraje" hacia la izquierda, quedando claramente delineadas tres corrientes, dentro de las cuales la encabezada por quien emergió después de 1986 como máximo líder partidario, Patricio Echegaray, ostentaba una mayoría no demasiado holgada ni estable. Las otras dos líneas se recostaban, una de ellas sobre una revalorización de lo institucional y de la integración en sus mecanismos, en el estilo del Frente Amplio uruguayo, mientras otra radicalizaba una crítica de sabor casi "postmoderno" hacia el conjunto de la izquierda revolucionaria y proponía directamente la disolución del partido. Las tres corrientes estaban encabezadas por dirigentes partidarios nuevos, que habían emergido desde la juventud del partido para encabezar el "viraje". A través del congreso partidario celebrado en 1990, el XVIII° la situación logró estabilizarse muy precariamente, en base a alianzas de diversos grupos internos que convergieron en respaldar al secretario general, en una situación exterior e interior muy compleja.

La estabilización fue más que relativa, ya que la siguió un período de nuevas disidencias, una en dirección a posiciones de apariencia más próxima a la "ortodoxia" pre XVI° Congreso, y otra que terminó de desarticular al grupo promotor del "viraje", encolumnada con la idea de disolver las organizaciones políticas preexistentes para fusionarse en el entonces llamado Frente Grande, luego Frepaso. En esas circunstancias, el P.C quedó reducido a su mínima expresión, con unos pocos centenares de militantes y casi nula influencia en el movimiento social, si se excluyen algunos bastiones de capas medias, en general ligados al pequeño y mediano empresariado y al cooperativismo.

En términos de política electoral, se reforzó nuevamente en el partido una orientación hacia la izquierda, que llevó en las elecciones de 1997 a la alianza con el Movimiento Socialista de los Trabajadores, escisión del antiguo Movimiento al Socialismo, agrupación trotskista con la que se mantuvo una coincidencia electoral hasta 2005. Y en el plano de las luchas sociales coexistió el empeño por insertarse en las nuevas expresiones ligadas a la crisis cada vez más profunda e integral en que se sumergió la Argentina a fines de los años 90, incluyendo la aparición del movimiento "piquetero", con presiones en otra dirección, tendientes a ampliar la política de alianzas hacia el "centro" y morigerar en parte las posiciones más radicalizadas.

A modo de conclusión Recuento y perspectivas

Una visión de superficie podría poner en tela de juicio el interés histórico que puede despertar un partido siempre en minoría, de presencia más que escasa en las instituciones de gobierno, y cuya influencia en su

ámbito esencial en tanto fuerza de izquierda marxista, el movimiento obrero, sólo tuvo unos años de auge tras los cuáles quedó remitido a una posición minoritaria, cuando no marginal. Sin embargo, los comunistas han mantenido presencia durante largas décadas en el escenario social, cultural y político de Argentina, y la historia del cooperativismo, las expresiones culturales contestatarias, el movimiento de los derechos humanos, las organizaciones vecinales e incluso el movimiento obrero, no podrían escribirse sin tomar en cuenta su presencia y acción. Se proyectaron asimismo sobre campos poco previsibles para la acción de un partido comunista, como las organizaciones gremiales empresarias. Durante décadas mantuvieron una militancia activa y disciplinada distribuida por prácticamente todo el territorio nacional y en las más variadas áreas de actuación.

Se presenta para la mirada historiográfica el desafío de dar cuenta de esos variados campos de influencia, y la de explicar a una organización compleja, que no puede ser comprendida a partir de un solo factor, como se ha intentado hacer, por ejemplo, reduciéndola a una completa alienación a las orientaciones emanadas de la Unión Soviética.

La visión general acerca del comunismo argentino quedó sin embargo impregnada más por algunos de sus grandes fallos que por sus realizaciones, y a menudo tomada por una mirada teleológica y con acento "decadentista", en la que al período de auge en el movimiento obrero de los treinta y primeros cuarenta seguiría un declive tan prolongado como inexorable.

La integración a la Unión Democrática en 1946 y la actitud "contemplativa" lindante con la complicidad durante un buen tramo de la última dictadura militar, son quizás los grandes hitos de esa cuenta negativa, pero no resultó menos gravitante, mirada en perspectiva, la cerrada persistencia en la matriz teórica y política del "marxismo soviético" que los comunistas mantuvieron contra viento y marea cuando esa visión del mundo ya se hallaba en su declive final. Lo mismo puede decirse de la consecuente negativa a dimensionar los enormes cambios que modificaban profundamente la fisonomía de la sociedad argentina en general y de las fuerzas de izquierda en particular. Con todo, no habría que caer en el esquematismo de suponer que una actitud distinta en todos o alguno de esos momentos hubiera significado por sí sola una evolución completamente diferente para el partido.

A partir de 1986, en un proceso de renovación de rasgos únicos en la izquierda argentina, pareció presentarse la oportunidad de que los comunistas levantaran las "hipotecas" de su propia historia. La actitud frente al llamado "Proceso de Reorganización Nacional" de 1976 fue la primera en ser objeto de crítica, la que luego se extendió hacia atrás, en dirección a los sesenta y los primeros setenta y al alineamiento de 1946. Fue un "viraje" realizado a contracorriente, un pronunciado giro a la izquierda en momentos en que se desenvolvía una ofensiva mundial del gran capital y se desplegaba el predominio de lo que por comodidad solemos llamar neoliberalismo, casi al mismo tiempo que comenzaba a derrumbarse el bloque soviético. En el proceso se combinaron contradictoriamente, de forma difícil de resolver, el impulso renovador con el anclaje en prácticas políticas no aptas para colocarse a la altura de los tiempos, y una forma de ver el mundo impregnada de esquematismo. Y el impacto sobre los sectores más tradicionales o menos propensos a un "giro" izquierdista de la militancia partidaria, no pudo ser absorbido y derivó en rupturas y deserciones.

Hoy, en una sociedad en la que todas las fuerzas políticas se hallan en entredicho, los partidos presentan síntomas de agotamiento, lo que incluye a las fuerzas de izquierda, y al Partido Comunista en particular, y difícilmente pueda esperarse el surgimiento de una perspectiva innovadora "desde adentro". El conocimiento y comprensión analítica de la historia de los comunistas argentinos podría ser un insumo a la hora de pensar (y actuar) en la re-construcción de una izquierda capaz de romper en sentido progresivo y con capacidad de generar nuevas alternativas, con los paradigmas del pasado.